

**Homilía Inauguración del Año de la Fe
San Francisco el Grande, Antigua Guatemala
11 de octubre de 2012**

Excelentísimo Monseñor Arzobispo Metropolitano
Hermanos Obispos, Sacerdotes y Religiosos
Distinguidas Autoridades
Estimadas Religiosas
Queridos Feligreses de la Iglesia Católica en Guatemala

Que la gracia y la paz de nuestro Señor sea siempre con todos Ustedes.

El Beato Papa Juan XXIII eligió el 11 de octubre para dar inicio al Concilio Ecuménico Vaticano Segundo porque en el antiguo calendario litúrgico se celebraba la Fiesta de la Maternidad de María Santísima. Aquel día, el Pontífice empezó su homilía en latín con estas palabras inolvidables: "Gaudet Mater Ecclesiae quod, singulari Divinae Providentiae munere, optatissimus iam die illuxit". ¡No tengan miedo, no voy a continuar en latín! En palabras más accesibles y no menos bellas el Papa dijo: "Gócese hoy la Santa Madre Iglesia porque, gracias a un regalo singular de la Providencia Divina, ha alboreado ya el día tan deseado en que el Concilio Ecuménico Vaticano II se inaugura solemnemente aquí, junto al sepulcro de San Pedro, bajo la protección de la Virgen Santísima cuya Maternidad Divina se celebra litúrgicamente en este mismo día".

Y hoy nosotros, cincuenta años después, en comunión con el actual Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, y los obispos congregados en Roma para conmemorar el Concilio y celebrar la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, y junto al sepulcro de nuestro Santo Hermano Pedro de Betancur, bajo la protección de María Santísima, la Virgen del Rosario, inauguramos el Año de la Fe con alegría y con igual gratitud hacia la Providencia Divina y al Santo Padre por esta oportunidad tan maravillosa.

Me parece oportuno recordar el objetivo del Concilio según las intenciones del Papa. En la misma homilía Juan XXIII continuaba: "El supremo interés del Concilio Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Doctrina, que comprende al hombre entero compuesto de alma y cuerpo; y que, a nosotros, peregrinos sobre esta tierra, nos manda hacia la patria celestial. Esto demuestra cómo ha de ordenarse nuestra vida mortal, de suerte

que cumplamos nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo, y así consigamos el fin establecido por Dios (5)." Y algunos párrafos más adelante el Papa continúa: "Una cosa es la substancia de la antigua doctrina, del "depositum fidei", y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta —con paciencia, si necesario fuese— ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral (6)."

Un depósito de fe que inicia con la profesión apostólica: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo", y continúa hasta nuestros días cuando, dóciles a la exhortación de la primera Carta que lleva el nombre de mismo Pedro: "acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios", nosotros empezamos el camino del Año de la Fe.

Tres años más tarde clausurando el Concilio, el Siervo de Dios, Papa Pablo VI, habla en italiano y no en latín y en un tono muy diferente y proclama: "He aquí nuestro saludo: pueda este encender un nuevo destello de la divina caridad en nuestros corazones; un destello que pueda dar fuego a los principios, a la doctrina y a los propósitos que el Concilio ha formulado. Y que así, inflamados de caridad, pueda de verdad llevarse a cabo en la Iglesia y en el mundo, aquella renovación de pensamientos, de actividades, de costumbres, de fuerza moral y de alegría y esperanza, que ha sido el objetivo mismo del Concilio."

Fruto del Concilio son sus documentos, Constituciones y Decretos, que sin duda necesitamos leer nuevamente durante este Año de la Fe. Es evidente que el programa del Concilio está todavía imperfectamente cumplido. Y me parece que de nuevo la Providencia Divina nos ofrece en el Pontificado de Benedicto XVI la lente para una renovada lectura auténtica del Concilio. En un cierto sentido el Concilio es el hilo conductor de la vida de Joseph Ratzinger: joven sacerdote, experto teólogo en 1962 y ahora anciano, Papa teólogo en 2012. Cincuenta años en la vida de un hombre son muchos; en la vida de los siglos de la Iglesia son pocos, pero igualmente importantes. Por eso es imprescindible que la Iglesia escuche bien lo que el Espíritu está diciendo a través de su Pastor Universal y Sucesor de Pedro.

Juan XXIII tenía un fuerte presentimiento de los grandes desafíos que se avecinaban en el mundo y la Iglesia en los años post-conciliares y Pablo VI vivió en una manera muy personal las turbulencias de la Iglesia y de la

sociedad en los años 60 y 70. El dinámico ministerio pontifical del Beato Juan Pablo II elevó los ojos de los católicos hacia una visión de un nuevo orden, pero en el corazón del hombre del Siglo XXI persiste una innegable "crisis de fe que afecta muchas personas".

Invitándonos a entrar por la "Porta Fidei", Benedicto XVI explícitamente convoca todos católicos, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad "a una auténtica y renovada conversión al Señor".

Tal conversión exige un mayor conocimiento del contenido de la fe. Tenemos que tomar en mano El Catecismo de la Iglesia Católica, y su Compendio, debemos leerlo, entenderlo y enseñarlo. Porque es necesario, como escribe el Papa: "Para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes, tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado".

La esencia de la fe es una relación con Jesús o en las palabras de Benedicto XVI "la fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él, Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree".

Entonces emprendemos el viaje más largo en el mundo, el viaje que transita desde la cabeza al corazón, con tal de que mi fe sea integrada y manifestada en mi vida, mis acciones y mi conducta.

Sabemos todos cuánto amor tiene el Papa Benedicto por la liturgia y su digna y devota celebración. En este sentido es indispensable que nuestro Año de la Fe sea visto cómo "una ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía".

Si la Misa y los sacramentos son vivas manifestaciones de nuestra fe, tampoco es menos la vida y el testimonio de los cristianos, según el pensamiento del Pontífice: "Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que cree." Cuanta necesidad hay en nuestra Guatemala de más cristianos comprometidos en la vida pública, que conozcan y practiquen la Doctrina Social de la Iglesia. Y si bien es cierto que no todos tienen vocación para la vida política, en cambio la

caridad es tarea de todos. Benedicto escribe sobre este punto: "El Año de la Fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente."

Y en Guatemala, ¡sí!, necesitamos fe y amor para impulsar la Misión Continental, para defender y enseñar la doctrina de la Iglesia, para mantener la unidad de nuestra comunidad católica y para reunir a los perdidos y dispersos; para purificar el Cuerpo de Cristo de cada mancha, para renovar su espíritu y restaurar completamente su integridad; para contribuir al desarrollo de esta sociedad en conflicto, esclava de la violencia y necesitada de esperanza, de verdad, de justicia y de valentía; para proteger el medio ambiente y para combatir el machismo. ¡Sí!, hay necesidad de fe y amor; ¡necesitamos este Año de la Fe!

Al finalizar la Misa del 8 de diciembre de 1965, El Concilio dirigió un renovado mensaje al mundo: a los Gobernantes, a los Intelectuales, a los Artistas, a las Mujeres, a los Trabajadores, a los Pobres y finalmente a los Jóvenes. Me parece que 50 años más tarde, la Iglesia Universal y la Iglesia que peregrina aquí en Guatemala, también necesitan buscar nuevas palabras y nuevas formas para comunicarse con frescura a los distintos estratos de la sociedad. La Palabra de Dios busca encarnarse nuevamente también en nuestras palabras.

La puerta se abre y Jesús pregunta: "Cuando, venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?"

Y el Espíritu contesta ahora en nombre de la Iglesia: ¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Amen.

✠ Paul R. Gallagher
Nuncio Apostólico